

Del potrero al club: La institucionalización del fútbol infantil en la ciudad de La Plata

Fabián De Marziani

Introducción

La institucionalización del fútbol infantil responde a una forma intencional de organizar las prácticas de los individuos que componen la sociedad. Tiene un interés político determinado y persigue objetivos, también políticos, para el desarrollo de la sociedad. Independientemente de que pudieran ser bien o mal considerados, esos objetivos responden a un momento histórico y político particular, que debe ser analizado para entender la impronta que los movilizó y que los moviliza. A partir de allí, es lógico que se pongan en juego un conjunto de prácticas que por fuera de esa organización no tendrían ningún sentido. El corrimiento del “potrero” hacia el “club” es, en términos políticos, un cambio profundo y determinante. Cambio que indudablemente pone en juego lógicas que lo involucran en un sistema más amplio de organización del mundo y que le dan un sentido utilitario; por ello, permite reproducir las ideas que lo movilizaron y a la vez se convierte en un dispositivo para ese fin. En síntesis, la forma de institucionalización presente en el fútbol infantil, material y simbólica, es una de las formas de representación de los intereses predominantes en una manera política de pensar un sistema más amplio que a la vez lo comprende, y que aun con lógicas propias, estas no dejan de ser parte de un sistema pensado por fuera de los sujetos. En otras palabras, es una forma de concebir al niño, su práctica y el mundo que los comprende. De esto tratará el siguiente capítulo.

El proceso de institucionalización del fútbol infantil

El fútbol infantil como se conoce en la actualidad, aparece en la ciudad de

La Plata a fines de la década del setenta y termina de consolidarse a mediados de la década del ochenta, con la conformación de diferentes ligas que en la actualidad constituyen este espacio y que determinaron la consolidación y la legitimación del fútbol infantil institucionalizado en la ciudad. Para finales de la década del ochenta se pueden identificar tres ligas oficiales en la ciudad de La Plata: Liga Independiente de Fútbol Infantil Platense Amateur (LIFIPA, 1976), Liga Sur de Fútbol Infantil (LISFI, 1981) y Asociación Platense de Fútbol Infantil (APLAFI, 1987), con más de cien clubes afiliados y un conjunto de torneos menores en cuanto a la cantidad de participantes, principalmente conformados por instituciones escolares en horarios extracurriculares, parroquias e instituciones religiosas benéficas y asociaciones vecinales. Esta impronta –que marcó el comienzo de lo que en la actualidad es una tradición y se fue gestando en aquel momento– se puede relacionar directamente con el auge europeo de las escuelas de Iniciación Deportiva, que si bien no representan una misma concepción, persiguen los mismos objetivos; por un lado, que los niños tengan un lugar seguro para la práctica de uno o varios deportes y, por otro lado, que se socialicen con sus pares, ya que los tiempos de ocio venían disminuyendo considerablemente debido a los grandes cambios que se empezaron a producir en la manera de vivir. Hay que recordar que, por ese entonces, comienza a vivirse un momento marcado por la necesidad de los padres de trabajar más tiempo para poder cumplir con las necesidades básicas como la alimentación, la educación; incluso el pago de los impuestos y, por qué no, también el ocio, el cual fue ocupado por la participación en estas instituciones. Cuanto más agudo era el pronunciamiento por el capitalismo en la Argentina, en mayor medida surgían los clubes; algunos no solamente para brindar la práctica de deportes, sino para dar apoyo extraescolar a aquellos que no podían pagar esa enseñanza fuera de la escuela, clubes en los que también existían o se creaban bibliotecas públicas para tal fin.

Los clubes de barrio empezaron a agruparse entre ellos para poder sistematizar la competencia. Se unieron y fueron formando una primera liga de fútbol infantil que se denominó LIFIPA, creada el 18 de agosto del año 1976. En ella los niños participantes de los clubes se enfrentaban y experimentaban prácticas que imitaban a la competencia oficial, la cual estaba configurada desde una lógica que contenía ciertas pautas y normas que había que respetar, como horarios, sistema de puntuación, fichaje de jugadores, vestimenta, ascensos, descensos, entre otras. Estos elementos y lógicas institucionales

que posee la competencia oficial requieren de aquel que la practica una gran responsabilidad y compromiso para con su equipo, su club y con la práctica, que se emparenta con las formas de manifestación adulta. Aunque no se debe dejar de observar que los que participan en estas ligas son niños de entre seis y trece años de edad. En esta forma institucionalizada de pensar la práctica deportiva, los niños tienen que respetar horarios de entrenamiento, tácticas y estrategias de juego, normas de comportamiento, entre otras, que simbolizan el camino para el acceso al deporte adulto. La idea primaria de estas instituciones estaba orientada hacia el abastecimiento de los clubes en sus categorías mayores con jugadores ya formados desde sus primeros años de vida, como también, que los niños tuvieran un espacio en el cual disfrutar y pasarlo bien junto a su grupo de amigos del barrio y sus familiares, ya que en ese momento histórico, la calle comenzaba a tornarse insegura y peligrosa.

Por el amplio crecimiento que fue teniendo el fútbol infantil, un grupo de clubes entre los cuales se encontraban Gimnasia y Esgrima de La Plata y Estudiantes de La Plata, decidieron dejar esta primera liga y crear otra que se llamó LISFI, fundada el 23 de febrero del año 1981, que continúa existiendo en la actualidad. LISFI surge como una necesidad de algunos clubes de tener un sistema de competencia organizado, independiente de la ya establecida LIFIPA, que no los tenía en consideración y que era la única liga oficial en práctica. El primer campeonato que organizó LISFI contó con 14 clubes afiliados, dos más que LIFIPA, y su característica fundamental fue que cualquier club podía afiliarse sin ninguna restricción particular.¹ Además, no todos los clubes contaban con su propia cancha; atentos a esto, otra característica propia de LISFI fue prestar –o alquilar– el espacio para que cada club pudiera sustentar su práctica.

A medida que fueron pasando los años, el crecimiento de esta liga fue mucho mayor, hasta llegar a su apogeo en la década del noventa con alrededor de 60 clubes afiliados; luego se estabilizó en alrededor de 40 clubes, con los que se encuentra conformada en la actualidad. En síntesis, hoy es la liga que tiene mayor cantidad de clubes afiliados, cuenta con sede propia ubicada en la calle 3 entre 38 y 39 de la ciudad de La Plata, y es también la liga con mayor relevancia en la sociedad platense. Posee una página web en la cual los clubes pueden

¹ Esta situación se generó porque LIFIPA no permitía la afiliación de clubes que se encontraban dentro del espacio del fútbol profesional.

informarse sobre todo lo referente a la jornada deportiva –que se desarrolla los días sábados– y también de las informaciones del Consejo Directivo, así como acerca del *fixture* (la programación del torneo), resultados, horarios de partidos y sanciones a jugadores e instituciones, entre otras muchas más.

A medida que pasaron los años y según el orden cronológico de aparición, hay que destacar la emergencia de una tercera liga en la década del ochenta, más precisamente el 10 de marzo de 1987, denominada APLAFI. Con el correr del tiempo, en particular hacia fines de la década del noventa, la Liga Platense de Fútbol Amateur introduce la práctica del fútbol infantil en su proyecto; y también se crea LAFIR –Liga Asociación de Fútbol Infantil de la Rivera–, fundada el 10 de noviembre de 1995, con clubes principalmente de las ciudades de Berisso y Ensenada; con las que se conforma en la actualidad el fútbol infantil institucionalizado en la ciudad. Se debe destacar que en general, las diferentes ligas que se fueron fundando no solo respondían a ciertas ideas de la práctica deportiva, sino que además, se generaron por desavenencias entre los padres que cumplían funciones como dirigentes, entrenadores o delegados. Estas desavenencias generalmente eran producto de no coincidir con el manejo político y económico de las ligas, lo que producía diferentes conflictos –irreconciliables– entre los dirigentes y a causa de ello se separaban para conformar otro espacio donde desarrollar la práctica del fútbol infantil.

Entre los argumentos que se pueden rastrear como fundamento de la generación de estas ligas infantiles (recabados en entrevistas realizadas para un trabajo de tesis de Maestría), encontramos que estas instituciones fueron creadas con el objetivo de que los niños compartan un momento de juego, placer y amistad con otros niños de su misma edad, mientras aprenden además a jugar al fútbol, lo que hasta unas décadas atrás –como ya se ha afirmado– era algo impensable, ya que la formación del jugador pasaba por la práctica asistemática que se daba en el *potrero*.

Las causas de su aparición

Son varias las causas que posibilitaron el origen de la institucionalización del fútbol infantil. Entre razones políticas, geográficas, económicas y culturales, se estableció una situación histórica particular que tuvo como resultado la pérdida del juego del fútbol como práctica espontánea y libre, y el paso hacia una práctica regulada, cada vez más exclusiva, orientada por lógicas adultas. Es el paso del reinado del niño en su práctica, al reinado del adulto,

que pone en ella intereses propios muchas veces tan desmedidos como inapropiados. Lo cierto es que, con el tiempo, la institucionalización de la práctica del fútbol en la niñez fue generando que en la actualidad sea muy difícil encontrar niños jugando al fútbol en las calles, como ocurría hasta fines de la década del ochenta. El *potrero* representaba también un lugar significativo de identidad para el niño del barrio, un lugar de reunión. Solo había algunas condiciones: jugar, divertirse y encontrarse.

En este punto se debe ser estricto, y explicar que nunca existe un único motivo que genera la emergencia de ciertas costumbres. Por el contrario, siempre se debe a una multiplicidad de acontecimientos que se encuentran relacionados entre sí aunque más no sea por un hilo muy delgado, que se conforma según las tradiciones y las rupturas de la época en particular. Las manifestaciones sociales están siempre condicionadas por un conjunto de acontecimientos políticos que le dan sentido a su misma expresión. El caso del fútbol infantil federado no es la excepción. El análisis de su emergencia debe ser considerado dentro de un conjunto de situaciones que, en materia política, educativa y económica, han influido para que ocurra.

La desaparición del “potrero”, la pérdida de los espacios verdes

Carlos Benítez y Sandra Comisso, en su libro *La infancia hecha pelota*, afirman que la práctica del fútbol infantil surge como una necesidad de los adultos por sistematizar el juego de los niños. Esta aseveración puede ser analizada desde varias aristas. Como sugieren los autores, al cambiar la manera de vivir de la sociedad, los espacios libres dejaron de ser seguros, lo que determinó la necesidad de agrupar en clubes o sociedades civiles a los niños con el objetivo de ofrecerles no solo una mayor seguridad en sus vidas, sino también la posibilidad de una enseñanza más sistematizada. Aclaran también:

En el año 1969, en la Capital Federal los espacios verdes sumaban dos mil ocho manzanas (o hectáreas), después de treinta años, los mismos se redujeron a la mitad, por lo tanto si se considera que en esas manzanas o terrenos baldíos entraban dos canchitas, en ese lapso de tiempo han desaparecido dos mil potreros (Benítez y Comisso, 2000, p. 70-71).

En este sentido, se puede afirmar que en la ciudad de La Plata ocurrió el mismo fenómeno que en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: en el casco urbano desaparecieron casi todos los terrenos baldíos, quedaron

como espacios verdes las plazas y algunas avenidas,² las cuales no están pensadas ni diseñadas para las prácticas deportivas, en particular la del fútbol, sino como espacio de circulación y de “pulmón” –lugar con conexión al aire libre– de la ciudad. La gran urbanización se puede describir como una de las causas de la muerte o desaparición del mítico *potrero*. Hay que recordar que este, en aquel entonces, era el ámbito principal para la aparición de aquellos que se convertirían en grandes jugadores, como por ejemplo, Alfredo Di Stéfano, Ángel Clemente Rojas, René Houseman, Ricardo Bochini o Norberto Alonso, aunque se debe reconocer que este espacio no estaba concebido para ese fin, sino que estos destacados jugadores surgían a partir de una práctica a la que se dedicaban con cierta libertad y fundamentalmente, con *asistematicidad*.

El corrimiento del potrero a los clubes implicó el comienzo de una institucionalización de los niños y de las prácticas, que necesaria e inevitablemente establece cierta metodización en los procesos de enseñanza. La institución pasa a ser así la que regula las prácticas e instituye los sentidos con los que se van a concebir y a llevar a cabo. Este proceso de institucionalización deportiva en la niñez comienza fundamentalmente en la década del setenta, en la que por un lado, se desarrolló un movimiento arquitectónico que pretendía la urbanización de los espacios verdes, y, por el otro, estableció un crecimiento urbano hacia lo alto, mediante el diseño de viviendas estilo *monoblock*: es el auge de las construcciones de viviendas en altura. El espacio se especializó y el contacto, la regulación, el intercambio y la comunicación entre personas, actividades e instituciones diferentes, que constituyen los lazos comunicacionales de la ciudad, fueron comenzando a definirse a partir de medidas que establecían un mayor control social. Si bien es cierto que en materia de urbanismo y arquitectura, en muchos casos se lo puede considerar como un sistema de desarrollo de viviendas sociales, dadas a partir de créditos blandos, no se puede sustraer el hecho de que la población y el parque automotor crecían exponencialmente, y las ciudades comenzaban a necesitar una redistribución de los espacios geográficos.

A partir de las transformaciones urbanas que se han ido produciendo en el partido de La Plata, fundamentalmente en las últimas tres décadas, se observa un notable cambio en la morfología de la ciudad que afecta prin-

² En el caso particular de la ciudad de La Plata, la avenida de circunvalación, que es la que recorre todo el perímetro urbano inicial, se utiliza como espacio libre para la práctica del fútbol.

cialmente al denominado espacio periurbano, entendido como la franja de territorio comprendida entre las áreas urbanas y rurales del partido.³ La expansión urbana residencial hacia la periferia se traduce en una competencia por el territorio entre diferentes usos del suelo y actividades, lo que provoca un aumento de la ocupación de nuevas superficies en los límites físicos de la ciudad. En la dinámica expansiva de la ciudad de La Plata pueden reconocerse básicamente dos factores que han orientado –y aún orientan– los procesos de suburbanización y periurbanización:

Según Frediani:

El primero obedece a razones culturales y está representado por un sector de clase media y media-alta, que busca alejarse del centro por propia elección, dando prioridad a la calidad de vida antes que a la proximidad al centro. Estos sectores migran fundamentalmente hacia el N-NO del Partido. El segundo se centra en la repercusión que tuvo la crisis económica que se inició a mediados de los setenta, y se profundizó en los ochenta y fines de los noventa, y que en nuestra región determinó la prolongación de la ciudad hacia el sur, destacando el caso de Villa Elvira, donde arribó en los últimos años un gran número de migrantes intraprovinciales y extranjeros. Este éxodo hacia el sur parece estar motorizado económicamente por el cuentapropismo. De aquí se desprende que en la periferia platense no sólo se asientan grupos de ingresos medios y medio-altos, sino también sectores de bajos recursos cuya estrategia es ocupar -legal y/o ilegalmente- terrenos sin uso aparente, conformando asentamientos precarios y villas miseria (2009, p. 6).

No hay que olvidar, por otra parte, que en el potrero se gestaba el desafío del “barrio contra barrio” o “cuadra contra cuadra”, lo que permitía una construcción de la identidad en relación con la cultura de cada sujeto; las edades se mezclaban; el tiempo no se controlaba y cuando se hacía de noche el partido se terminaba o se continuaba al otro día. La inseguridad de estos tiempos, sumada a la creciente necesidad de priorizar los resultados en el fútbol infantil y a la problemática de que los niños se sumergen muchas horas en el juego electrónico y la televisión, atentaron contra estos momentos en que los niños podían experimentar

³ En esta franja del territorio, denominada espacio periurbano, es donde se encuentran la mayor cantidad de clubes de fútbol infantil, tanto en el norte como en el sur.

diferentes prácticas corporales con libertad y en comunión con sus pares. Para Pablo Sucarrat (2013) estos lugares mágicos de a poco se fueron transformando en edificios y estacionamientos, o simplemente se fueron extinguiendo, lo que determina también la desaparición de una forma de entender la vida.

En la actualidad, las lógicas establecidas por el potrero han desaparecido; los niños juegan con árbitros, por los puntos, tienen premios, ascensos, descensos. El espíritu lúdico, de una infancia con esos lugares donde “liberarse” expresando las emociones y habilidades motrices, que formaba la característica de la niñez, ha desaparecido en beneficio de una práctica más controlada y regulada. Hoy, toda la participación social se genera en los torneos que se disputan en las diferentes ligas. En el potrero se tenía la necesidad interna de jugar y los niños se organizaban solos a partir de esa necesidad: se buscaba una pelota, se dividían los equipos y se jugaba hasta que ellos mismos decidían la finalización. Se construía a partir de un espacio físico toda una situación que se asemejaba más a lo social y a lo afectivo, que a lo organizativo. Por el contrario, en la actualidad, si los niños quisieran juntarse para jugar al fútbol por fuera del espacio de la escuela, seguramente no tendrían ningún lugar a donde poder ir a practicarlo sin la supervisión de los adultos. Vale recordar, como ya se ha señalado, que la calle y los espacios públicos comenzaron a tornarse peligrosos e inseguros para el manejo libre y espontáneo del niño.

La incidencia del gobierno militar en la configuración del campo

En otro sentido, se debe tener en cuenta que esta situación narrada por Benítez y Comisso no escapa a la coyuntura política que la sociedad argentina vivía en aquel entonces. El llamado Proceso de Reorganización Nacional, que tuvo como principal actor a las Fuerzas Armadas (FF. AA.), desplegó un mecanismo desmedido de control y represión por el cual los individuos no podían manifestarse libremente en el espacio público, lo que también fue determinante en la conformación de las ligas infantiles a partir de la institucionalización de las prácticas sociales. En el país se desarrolló la dictadura militar más feroz y sanguinaria de su historia. Los militares llegaron al poder a través de un golpe militar con el que derrocaron a un gobierno que había sido elegido por el voto popular. A partir de este acontecimiento, el terrorismo de Estado se impuso como dispositivo de gobierno. En este sentido, se debe comprender que el deporte siempre fue una herramienta

útil para ocultar –al menos por un tiempo– o disimular maniobras políticas ilegales o de oscuro proceder.

Debido al clima enrarecido que se fue generando en el país aparecen en el escenario del Estado las FF. AA., que justificaron su accionar a partir de una marcada conflictividad política, económica y social que desbordaba –en palabras de los militares– a un gobierno peronista que ya no contaba con la mentalidad estratégica de su líder, que había fallecido unos meses antes. Por lo tanto, el gobierno de facto trató de imponer un proyecto que tuvo como uno de sus pilares fundamentales el disciplinamiento de la sociedad argentina, a partir de la transformación de las bases de la sociedad para terminar con un ciclo histórico que el justicialismo había comenzado en la década del cuarenta, e iniciar con otro totalmente distinto.

Luego de la obtención del primer puesto en el campeonato mundial de fútbol del año 1978, el gobierno militar intentó “vender” una imagen positiva a todo el mundo, donde sus comportamientos eran más cuestionados, ya que los opositores que se encontraban en el país habían sido neutralizados o reprimidos. El sociólogo Roberto Di Giano ha señalado que “apoyados en algunas innovaciones tecnológicas que se efectuaron en los medios de comunicación (entre otras cosas, se construyó un faraónico centro de producción que transmitió las vicisitudes del campeonato mundial en colores para el exterior)” (2001, p. 3), el gobierno militar trató de utilizar la “gran hazaña” que había realizado el equipo argentino de fútbol al obtener el campeonato mundial, como una medida de la grandeza del mismo gobierno, de manera casi obsesiva. Con ello se pensó que habían demostrado al mundo que eran “buenos gobernantes”, y que se había realizado una campaña internacional de desprestigio impulsada por algunos medios de comunicación extranjeros.

A partir del regreso de la democracia, se comenzó a cuestionar si el triunfo y los festejos habían sido legítimos. Palomino afirmó: “La cuestión fue la manipulación de la pasión montada desde el poder para legitimar el terrorismo de Estado por parte de la Dictadura Militar”. Para Scher se plantea al Mundial 78 como un espacio para “no olvidar” (ver Scher et al.) o como que el fútbol sirvió a la dictadura; fueron momentos en que “la política abusó del fútbol”. Es posible, entonces, que a partir de esta explicación se pueda concebir al fútbol como una manifestación que forma parte de otro orden de cosas. En este sentido, dice Lía Ferrero:

En un terreno con cierta autonomía, que permite precisamente, la comunión con otros, a pesar de la situación política estructural –léase dictadura militar– que estaba viviendo el país. De esa manera no se contradicen el conocimiento, la militancia, la sospecha, con ir a un estadio, gritar un gol o festejar el triunfo de la selección (2010, p. 295).

En la misma línea, Juan José Sebrelli afirma que “No podían dejar de ver los militares en el Mundial una posibilidad única para lograr la unión nacional, y a la vez cambiar su imagen en el exterior” (1998, p. 187). En coincidencia con estos autores se puede afirmar que el gobierno militar cercenó todas las garantías constitucionales, impuso una sensación de inseguridad, miedo, desconfianza que desarticuló los lazos sociales, y además a causa de ello desarrolló un gran control sobre los ciudadanos y las reuniones públicas fueron prohibidas; por lo tanto, los clubes de barrio comenzaron a agruparse en lugares cerrados para que los niños pudieran experimentar el jugar al fútbol con amigos y contra otros niños.

La televisación: La masificación exacerbada del fútbol

Un tercer enfoque que se puede plantear al respecto se relaciona con el importante desarrollo de la televisación que comienza a darse en la década del setenta, lo que devino en una *hiperprofesionalización* de las prácticas deportivas y en especial, del fútbol. Este deporte empieza a llegar a más hogares por medio de la televisión, lo que implicó un desarrollo que con el tiempo sería exponencial y que repercutirá en el abordaje del deporte infantil como medio de producción de “materia prima” para dotar al deporte profesional. Es indudable que el papel que han jugado los medios de comunicación en el desarrollo del fútbol en particular ha sido tremendamente significativo: han establecido la impronta con la que no solo se piensa al deporte y al deportista, sino también los procesos de enseñanza deportiva y los de desarrollo de los individuos.

Se debe considerar a los años setenta como el momento en el que se produce un punto de inflexión en cuanto a los alcances de la televisión en las sociedades. Es en esta década, producto del desarrollo tecnológico que comenzaba a dar frutos –recuérdese la televisación en color, por ejemplo–, cuando se produce un marcado incremento en el alcance social; es decir, el comienzo de la masividad.

En línea con esta lógica de difusión del fútbol por parte de los medios de comunicación en la Argentina, el martes 4 de enero de 1983, por las pantallas

del canal 11 –estatal por aquel entonces, como el resto de los canales–, comenzó a emitirse casi sin publicidad, un programa que marcó toda una impronta en la difusión del deporte juvenil: “Proyección 86”. La idea era la de un torneo disputado por jugadores de hasta 18 años, con la participación de los equipos que en ese momento estaban en Primera División. Enseguida fue ampliamente aceptado por el público, que concurría en forma masiva a la cancha de Vélez (cabe recordar que la entrada era gratuita), con mucha presencia de las familias.

El periodista y conductor de televisión Horacio Aiello, quien por entonces ya contaba con una dilatada trayectoria en los medios como relator de fútbol, fue el autor de la idea de “Proyección 86”. Era el conductor de las transmisiones, acompañado por Mario Trucco en los comentarios y Luis Ángel Sánchez en el campo de juego. Allá por fines de los años setenta, y con la intención de integrar a la mujer a los eventos deportivos, Aiello inmortalizó una frase dentro de sus narraciones: “A la derecha de la pantalla, señora”. Este programa terminó de dar sentido a la idea de considerar a las categorías menores como “el semillero”, como la *cantera* –así se la llama en España, país que ha apostado fuertemente a las divisiones menores como medio de generación de deportistas de elite– que posibilitara dotar al deporte de alta competencia de una gran cantidad de jugadores. Este programa es un claro ejemplo que representa cómo la televisión comienza a ver en el deporte –proceso que se había iniciado con el campeonato mundial de fútbol “Argentina 78”– la posibilidad de una transmisión masiva que produjera ganancias extraordinarias. De hecho en el mundo ya comenzaba a verse una profunda aceptación social de los medios de comunicación –televisión, diarios, revistas, etc.– como productos de consumo.

Esta mercantilización del fútbol implicó que este fuera utilizado como un producto de consumo, como una mercancía deseada por parte de los espectadores que concurrían a los estadios, lo cual directamente puede llevar a afirmar que este proceso es el comienzo de ciertas lógicas comerciales capitalistas que contribuyeron exponencial y proporcionalmente al aumento de las ganancias de las empresas que a su alrededor se erigían, como también al incremento de los mecanismos que generaban poder en las instituciones que se encargaban de regular sus acciones –piénsese en la FIFA, por ejemplo.

En las últimas tres décadas, en especial, es significativo el aumento de la televisación de partidos de fútbol y la consecuente aparición de la publicidad como medio de solventar y aumentar más aún las ganancias alrededor del deporte, caracterizado por un ingreso de las grandes empresas multinacionales

como inversores. A partir de estas lógicas, muchos dirigentes y personajes de los medios de comunicación, como Fernando Niembro,⁴ por ejemplo, comienzan a considerar al fútbol como una empresa, entendido este concepto en sus dos acepciones, como emprendimiento y como negocio, y cada vez más la balanza se inclina hacia el lado del fútbol como un negocio. Eric Dunning en *El fenómeno deportivo* se refiere a este punto y afirma que:

La comercialización del deporte opera en cuatro niveles principales: 1) la aparición de productos deportivos, mercancías y una industria de servicio; 2) el desarrollo de un deporte para espectadores como base para la publicidad; 3) la explotación de los recursos de los ciudadanos, en especial de los trabajadores, para aumentar los beneficios; y 4) la industria de las apuestas, es decir, las carreras y las quinielas (2003, p. 131).

Por lo tanto, todo el sistema deportivo se integra en una vasta red de circulación monetaria que hace ilusorio cualquier intento de saneamiento financiero.

Con el triunfo de la selección argentina en el Mundial de 1978, se produjo que al año siguiente se transmitiera el Mundial Juvenil del que participaron entre otros, y como figuras excluyentes, Diego Maradona y Ramón Díaz, lo que no hizo más que potenciar el desarrollo del fútbol infantil. Con los años y con la llegada de la televisión prepaga –en la ciudad de La Plata esto ocurrió en el año 1989–, es decir, la televisión por cable, proliferaron los programas deportivos. Canales de la televisión prepaga como ESPN, Foxsport, TyC Sports

⁴ La importancia de citar a este periodista radica en que, junto al resto de los que conforman el periodismo deportivo en la Argentina -un grupo muy numeroso-, representa a uno de los referentes que la sociedad tiene para pensar la idea del deporte en la infancia. En el caso particular de Niembro –quien considera al fútbol infantil necesariamente como una etapa de discriminación de talento para nutrir al fútbol de elite–, se debe recordar que ocupó espacios de gobierno durante el mandato de Carlos Menem, lo que no es una cuestión menor, sino que, por el contrario, permite pensar cuál es la idea del deporte que cierto tipo de gobiernos tiene, lo que posibilita comprender algunas razones de la configuración del deporte infantil en la actualidad. Desde un punto de vista más crítico aún, esto también puede posibilitar el rol de la educación física en la construcción colectiva que la sociedad hace de determinadas prácticas, que han generado que la sociedad, a pesar de haber tenido esta materia como obligatoria en su paso por la escuela, escucha más a este tipo de comunicadores que a la propia educación física. Personajes como Diego Maradona, Alejandro Fantino, Mariano Closs, Víctor Hugo Morales, o hasta el mismísimo Julio Grondona, entre muchos otros, son indudablemente los referentes que los argentinos tienen sobre el fútbol. Todos ellos muy alejados del campo educativo y con intereses comerciales puestos alrededor de sus ideas acerca del fútbol.

y otros, no hicieron más que generar un mayor desarrollo del deporte como consumo masivo, sin mencionar los programas que desde el comienzo de este tipo de comunicación se orientaron a la difusión del fútbol infantil de manera similar a la de los adultos, de los torneos locales, por canales locales, con un relator, un comentarista y en los que se difundía todo lo que acontecía en ese ámbito de manera similar al deporte profesional.

En el ámbito del fútbol infantil, en algunos clubes se pueden observar distintos carteles con publicidades de negocios de la zona donde se encuentra el mismo. Con estas publicidades, los clubes tratan de solventarse y mantenerse económicamente, además de mediante el cobro de las entradas a los partidos y de la venta de diferentes productos que realizan en los bufetes. También, muchos radios de frecuencia modulada tienen programas dedicados al fútbol infantil en los cuales se informa de todo lo acontecido durante la jornada deportiva: resultados, los *fixtures*, las tablas de posiciones; y además, se reciben llamados con los cuales la audiencia opina o envía saludos a los pequeños jugadores.

El fútbol infantil en la ciudad de La Plata, por lo que se ha observado, funciona como un espectáculo en general para los parientes de los jugadores – madres, padres, abuelos, tíos, etc. – quienes desde afuera de la cancha no dejan de estimular, incitar; muchas veces hasta insultar, algunos desafortadamente y sin cesar, como si el que estuviera jugando fuera un jugador profesional. De esta manera niegan la posibilidad de reconocer que los que están participando del encuentro son niños de entre seis y trece años, que en la mayoría de los casos son sus hijos, nietos o sobrinos. Todo este espectáculo que se sucede en el fútbol infantil provoca en algunos niños un gran estrés, ya que se sienten presionados por los adultos que se encuentran afuera. Casi en ningún momento del partido pueden jugar tranquilos, ya que cuando no les gritan, les dicen a quién tienen que pasar la pelota, dónde ubicarse, a quién marcar, o cómo desmarcarse. Benítez y Comisso (2000) retoman a Carlos Seidler,⁵ y sugieren que la presión en el deporte infantil, en particular en el fútbol, no respeta a la persona y su ritmo particular de aprendizaje, su edad, es decir, su momento evolutivo, y se valora más el resultado que la formación misma, lo que acarreará sin dudas, a futuro, secuelas físicas –microlesiones, esguinces,

⁵ Carlos Seidler, médico de profesión, realizó –a cargo de la empresa Esparta Sygnus– estudios médicos a integrantes del fútbol infantil de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), a finales de los años noventa.

sobrecargas musculares– y psicológicas –problemas de autoestima, falta de seguridad en sí mismo, eliminación del disfrute, problemas de rendimiento escolar por falta de concentración en los estudios, falta de desarrollo de la propia responsabilidad.

Finalmente, se puede observar que el Estado no tiene mucha incidencia en estas instituciones, puesto que las ligas mismas son las encargadas de manejar las lógicas institucionales, salvo por algunos casos en los que determinados municipios se hacen cargo de los gastos para el dictado de algún curso de técnico de fútbol infantil, con el que se habilita a los delegados para que puedan ingresar a la cancha, ya que es un requisito indispensable. Sin embargo, para algunos autores este acontecer tiene una participación encubierta del Estado. Por ejemplo Bourdieu ha afirmado que, “a medida que aumentan, de una forma cada vez más disimulada, los subsidios y el reconocimiento del Estado, y con ellos la aparente neutralidad de las organizaciones deportivas y de sus funcionarios, el deporte es un objeto de lucha política” (1978, p. 72). Lo cierto es que si el Estado participa, lo hace de una manera muy sutil, permitiendo que se legitimen ciertas lógicas que podrían ser muy cuestionadas: piénsese en cierta discriminación que existe en este ámbito, que atenta contra la inclusión y la igualdad tan enunciadas por casi todos los gobiernos, que el deporte debe tener.

“El niño y el deporte” como objeto de estudio

En otro orden de cosas, la década del setenta es también el momento en el que se presentan los primeros trabajos que toman al niño en relación con el deporte, como un objeto de estudio.

Para finales de los años setenta, comienza a manifestarse en la Argentina, fundamentalmente en Buenos Aires, la aparición de las primeras escuelas de fútbol infantil. Esto constituyó un fenómeno que –impensado pocos años antes, pero fácilmente explicable en los tiempos que corrían– puede ser ubicado dentro del proceso que determinó la emergencia del niño como objeto de estudio y tratamiento deportivo. Como causa o como producto de la desaparición de los espacios verdes, también llamados *potreros*, debido al crecimiento poblacional, paralelamente se origina la aparición de las primeras instituciones que se abocaron a la práctica y a la enseñanza deportiva de la niñez. Las familias, ante la presión generada por un capitalismo cada vez más exacerbado, comenzaron a manifestar un cambio profundo en la dinámica social, que obligó a las personas

a tener mayores ingresos para el acomodamiento a las nuevas formas de vida, lo que llevó a la disgregación paulatina de la familia como hasta ese momento se la consideraba, para pasar a ser reconfigurada, fundamentalmente desde la necesidad de mayor tiempo dedicado al trabajo. Los cambios que en materia económica y social se producían, generaron también que el tiempo libre de los padres comenzara a disminuir, por lo tanto, resultaba más complicado para estos disponer de tiempo para poder llevar a jugar a sus hijos. Así, depositaron esta tarea en las instituciones infantiles, las que se abocaron a tomar a niños cada vez más pequeños, y se encargaron de la enseñanza deportiva de la niñez con cada vez más desarrollo y legitimidad. Por otra parte, la calle y las plazas se tornaron peligrosas, lo que también justificó esta modificación en las conductas sociales. En este punto se debe recordar que el gobierno de facto limitaba las reuniones entre personas en los espacios públicos, cuestión que, como ya se ha descrito, influyó en el desarrollo de las instituciones deportivas y en el acercamiento masivo de la población a ellas. En síntesis, la década del setenta es el comienzo del tratamiento del niño y las prácticas deportivas como objeto de estudio.

La niñez ha sido vista de diferentes formas a lo largo de la historia. Hubo una época en que se veía al niño como “adulto pequeño”, es decir, no se conocía la infancia. El término “niño” no ha tomado su acepción moderna sino hasta el siglo XVII. Antes no existía una preocupación aguda por distinguir las diversas edades, y el término *niño* se aplicaba muchas veces incluso a adolescentes de hasta 18 años.

Se puede afirmar, también, que la conquista y reivindicación del niño ha sido paulatina y solo a principios del siglo XX –con los aportes fundamentales de la psicología cognitiva y del psicoanálisis, con los conceptos de desarrollo evolutivo, con la mirada hacia la infancia para descubrir los orígenes de los complejos y los caracteres, con la plenitud de la conciencia histórica del hombre– es que la noción de niño llega a configurarse como un estatuto digno de ser mirado y estudiado desde todas las disciplinas. Los saberes modernos privilegiaron a la infancia como objeto de investigación científica y de intervención social, lo que tuvo como efecto una ampliación y complejización de la mirada sobre la infancia, la cual con el tiempo se convirtió en la etapa de mayor importancia en la vida del ser humano. En este sentido, se puede señalar que, mientras distintas disciplinas científicas se preocuparon por entender y conocer más sobre el niño y las etapas de su desarrollo evolutivo, la situación

social y económica fue dando lugar a la aparición de la idea del “niño como propiedad”: se lo veía como un ser inferior, cuyo destino debía ser controlado por los adultos; se le exigía una actitud conformista y pasiva, y se lo valoraba únicamente por su capacidad de trabajo.

Así surgió también la necesidad de crear leyes para regular el trabajo infantil. Esto generó, en tal contexto y como medida reactiva, disponer el establecimiento del interés superior del niño por vía de la Convención Internacional de los Derechos del Niño. Dicha Convención determina, en primera instancia, la protección del niño en cualquier trabajo que obstaculice su desarrollo integral, y ubica a niñas, niños y adolescentes como principales destinatarios de las políticas sociales. Esto deja claro que la sobrevivencia económica de la familia no puede ser excusa para justificar el trabajo infantil. No es a las niñas, niños y adolescentes a quienes compete suplir las carencias familiares. Aunque la concepción del niño en el plano psicológico, ético y jurídico ha evolucionado, la realidad económica y social que dio lugar a la idea del niño como propiedad o recurso económico persiste, y sirve de sustento ideológico a la práctica del trabajo y la explotación económica de millones de niñas, niños y adolescentes en todo el mundo.

En otro orden, se puede afirmar también que ya se perfilaba la tendencia comercial a involucrar a jugadores de renombre que abandonaban la práctica activa del fútbol, con la enseñanza deportiva de la niñez, a partir del establecimiento de escuelas deportivas de elite; esto se transformaba en una forma lucrativa de seguir ligados al fútbol explotando su bien ganado prestigio. Esta moda proveniente de Europa, amparada en el argumento de que era necesario que los más destacados en el deporte se dedicaran a enseñar a jugar y a practicar el fútbol, significó en la época una rara paradoja, ya que se rompía con la espontaneidad y la naturalidad del aprendizaje en un país apasionado por el fútbol en *esencia*, gusto y tradición. En el terreno institucional, es importante señalar en este punto la diferencia de concepción que estas escuelas representaban: un cambio de enfoque, desde la idea de un maestro que pule y perfecciona el proyecto de jugador que les llegaba después de los doce o trece años, con muchos saberes adquiridos en la calle y en el potrero, en el “barrio contra barrio”, formado sin ningún apuro y sin las presiones de los mayores, con reglas hechas y vigiladas por ellos mismos, hacia una enseñanza que garantizaba el aprendizaje del fútbol a partir de un proceso orientado y sistematizado por el juego desde los primeros momentos de la niñez. Lo cierto es que,

independientemente de la visión de la enseñanza que se tuviera, con el propósito de asegurar un proceso de enseñanza beneficioso los clubes comenzaron a agruparse entre ellos, para poder consolidar y hacer experimentar a los niños los sentidos de una competencia oficial, que a su vez le garantizaba a las instituciones la posibilidad de que existiesen “partidos oficiales” todas las semanas para acrecentar sus ingresos económicos, producto del cobro de entradas y de las ventas de un *buffet* generalmente manejado por la institución. Enfrentar a distintos equipos fue generando, a su vez, la conformación de distintas ligas o asociaciones para unificar objetivos, reglamentar los estatutos para controlar las instituciones y recaudar dinero de ellas para poder mantenerse, como la manera más eficaz de legitimar la práctica y los sentidos de las mismas. La competencia y el juego pasan así a ser los ejes organizadores de los procesos de enseñanza, a partir de una concepción que entiende a estas como partes de la naturalidad del niño.

Conclusiones

En lo expuesto hasta aquí, se trató de mostrar el campo del fútbol infantil como un espacio institucionalizado que, como cualquier otra institución, responde a ciertas lógicas que lo comprenden, pero que también determinan otras lógicas a partir de sus sentidos políticos, sus prácticas y de los intereses de los actores que en él se manifiestan. Como se pudo observar, esta institucionalización tuvo su emergencia a partir de varios acontecimientos que actuaron simultáneamente en algunos casos, y articuladamente en otros, como fueron fundamentalmente la dictadura militar de 1976-1983; el proceso de urbanización que sufrió la ciudad de La Plata durante la década del setenta; la aparición y consolidación del niño como objeto de estudio académico, y, finalmente, el desarrollo alcanzado por la televisión, que generó un consumo masivo de deportes, en especial del fútbol.

Cada uno de estos acontecimientos representa para este trabajo, una de las causas que llevaron a la institucionalización de una práctica que hasta ese entonces estaba representada por lo que se denomina “el potrero”, en donde la asistematicidad, el disfrute, la utilización más lúdica del tiempo libre y cierta idea de libertad de elección, eran sus características principales. Con esta institucionalización, por el contrario, el fútbol infantil comenzó un proceso de regulación y de sistematización que fue incorporando nuevas formas de intervención y de práctica que se incrementaron paulatinamente, a medida

que fue decreciendo la posibilidad de goce, de disfrute y de cierta libertad social de manifestarse. En definitiva, la institucionalización del fútbol infantil permitió establecer otras lógicas, más vinculadas con el control y la reproducción de modelos económicos dominantes. Como sostuviera Foucault, las instituciones son el efecto de conjunto de las posiciones estratégicas que ciertas ideas y grupos dominantes ejercen sobre la población.

Bibliografía

- Benítez, C. y Comisso, S. (2000). *La infancia hecha pelota*. Buenos Aires: Grupo Editor Altamira.
- Bourdieu, P. (1978). Deporte y clase social. *Revista Social Science Information sur les Sciences Sociales*, SAGE Publicaciones, 17(6), 819-840.
- Di Giano, R. (2001). Los usos del fútbol en la dictadura. *efdeportes Revista digital*, 6(31). Recuperado de <http://www.efdeportes.com/efd31/usosfut.htm>
- Ferrero, L. (2010). Reflexiones acerca del mundial 1978. En J. Frydenberg y R. Daskal (Eds.), *Fútbol, historia y política* (pp. 295-316). Buenos Aires: Aurelia Rivera libros.
- Frediani, J. (2009). Las nuevas periferias en el proceso de expansión urbana, el caso del partido de La Plata. *Revista Geograficando*, 5(5), 103-125.
- Scher, A., Palomino, H., Ferrera C., Paparelli, J (2001). Mesa redonda: Fútbol y política: el Mundial '78". *efdeportes Revista digital*, 6(33). Recuperado de <http://www.efdeportes.com/efd33/mundial.htm>
- Sebrelli, J. J. (1998). *La era del fútbol*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sucarrat, P. (14 de diciembre de 2013). El fútbol desde el diván: la esencia del potrero. *Diario El Ciudadano*. Recuperado de <http://www.elciudadanoweb.com/el-futbol-desde-el-divan-la-esencia-del-potrero/>